

JUEVES CINEMATOGRAFICOS

DE
El Dia Gráfico

Num. 114
16 Mayo 1929



Joan Crawford, se dispone a estudiar los nuevos deberes de ama de casa, con motivo de su próximo matrimonio con Douglas Fairbanks, hijo.



Una fotografía
de Vilma Banky, que
hablará por primera vez
en su película para los
Artistas Asociados:
"Esto es el cielo".



George Mc. Manus sacando un croquis de Lupe Velez en su camerino de Nueva York, durante su estancia en aquella ciudad, al estrenarse "La Melodía del Amor", de la que es la principal estrella.



Banquete a los autores de la película de ambiente local "En siendo de Zaragoza..." ofrecido por el alcalde de la capital aragonesa. (Foto Barrera)

Constancia Talmadge, que
acaba de contraer matri-
monio con el acaudalado
comerciante Mr. Townsend
Netcher.



ARGUMENTOS DE PELICULAS

EL PIELROJA

Pie Ligero acababa de llegar aquel día, en que cumplía ocho años, a la escuela rural donde se educaba a la muchachería india para convertirla a las costumbres de la raza blanca y al respeto de esta nacionalidad grande y moderna: los Estados Unidos de Norteamérica.

El muchacho, criado en la vida libre de las gloriosas montañas y mesetas de Arizona; imbuido en las ideas severas de sus mayores, orgullosos jefes de tribu y sempiternos enemigos del blanco invasor de sus montañas; acostumbrado a su aislamiento altivo, en comunión con la naturaleza escueta, monumental y agreste, moldeada por la mano de los dioses, para que sirviera, quizá, de morada sobrenatural y magna a una raza ya extinguida de titanes y centauros, rebelábase contra las reglas y cortapisas de la nueva civilización a que involuntariamente se asomaba, y recordando las palabras de su padre, en aquel momento fatal de la partida, murmuraba entre dientes, rechinando de rabia y de impotencia: «soy navajo, soy navajo, y lo seré todos los días de mi vida».

Acercóse a Pie Ligero una nifita rechoncha, de piel tostada, que no dejaba de mirarlo con ojos sorprendidos.

—Esta es Flor de Maíz, Pie Ligero, de la tribu de Pueblo—dijole el profesor al alumno.

Pero éste, levantando desdeñosamente la mirada, despondióle con gesto hosco e insolente:

—¡Uf! Navajo es enemigo de pueblo.

La nifita, sin comprender el gesto del nuevo interno, abrió aún más los ojos, sorprendida, pero antes de que pudiera hablar, o hacer pregunta alguna, oyóse en el patio un toque de corneta y salió ella corriendo, levantando su mano hasta la frente mientras en lo alto de un asta se izaba majestuosa la bandera de los Estados Unidos.

—Vamos, muchacho—le dijo el profesor a Pie Ligero—, vamos a hacer el saludo a la bandera.

—¿Yo saludar la bandera?—replicó el chiquillo, siempre insolente.—Yo no puedo saludar la bandera. Soy navajo, y los navajos no saludan la bandera.

—Saluda la bandera, Pie Ligero—agregó, el maestro, poniéndose severo—. Si no lo haces tendré que castigarte duramente.

Rehusó el muchacho nuevamente, y el maestro, perdiendo ya la paciencia, lo tomó del brazo, y voló al cuarto de castigos y propinóle buena tanda de azotes, hasta que, humillada la insolencia del indito éste acabó por hacer el saludo que se le exigía, delante de todos los chiquillos, que se regocijaban ante el espectáculo inesperado que a su vida rutinaria se ofrecía.

Ya hecho el saludo, Pie Ligero, lloriqueando, fué a apartarse a un rincón lejano del gran patio, huyendo de las mofas de sus otros compañeros, que hacían burla de él y le señalaban con el dedo, gritándole con esa impertinencia cruel y salvaje de los niños, «do atin, do atin», que significaba: azotado, azotado...

Sólo un alma compasiva acercóse a Pie Ligero en aquellos momentos trágicos de triste humillación infantil para el indito Flor de Maíz, la pequeña india de Pueblo. Mirándole siempre con aquellos ojos suyos, tan grandes y tan compasivos, Flor de Maíz acercósele tímidamente a ofrecerle un pedacito de caramelo. Pie Ligero, con esa volubilidad admirable de la infancia, que pasa fácilmente de las lágrimas a la risa, aceptó el dulce regalo y llevóse a la boca. Con aquel acto, tan tierno y sencillo, quedó sellado el eterno pacto de buena amistad entre la indita de Pueblo y el indio soberbio de la tribu indómita de los navajos.

Años más tarde, completamente asimilados a las costumbres del hom-

bre blanco, Flor de Maíz y Pie Ligero entraron en una Universidad, una de las más importantes de la región oeste de los Estados Unidos.

Pie Ligero se distinguía notablemente en los deportes, principalmente en la carrera, llegando a tal punto su prestigio, que fué llamado a representar a la Universidad en los torneos más refidos con los atletas de otras universidades.

A este punto, en que todo parecía sonreírles a los dos jóvenes estudiantes de Pueblo y de Navajo, la desgracia fué a cebarse cruelmente en ellos, separándolos repentinamente el uno del otro, y lacerando sus corazones acostumbrados al unísono latir de sus enamorados sentimientos.

Una noche, en que se celebraba una de las victorias deportivas de nuestro héroe, éste encontró a Flor de Maíz por primera vez con lágrimas en los ojos. Preparaba su equipaje. Disponíase a la partida. Salía inmediatamente para su pueblo.

—¿Qué te pasa, mi querida?—preguntó el indio.

—Lee, Pie Ligero, lee. Mi madre está muriendo. Quizá ni aun tenga tiempo para llegar a verla viva—contestó ella, mostrándole al mismo tiempo un telegrama.

Anonadado por la noticia, acompañóla Pie Ligero a la estación y luego, triste y cabizbajo, dirigióse a la fiesta que se celebraba en honor de su triunfo en la carrera de aquel día.

Entró en el salón donde los estudiantes se hallaban divirtiéndose con gran escándalo, bebiendo y danzando, y al punto vióse rodeado de una turba alegre, curiosa por contemplar al famoso indio que ganaba todas las carreras. Pie Ligero aceptaba confundido aquellos honores, que no acertaba a comprender, sintiéndose tan fuera de su centro como una barquilla en el desierto, si ésta fuese capaz de sentimiento.

Una rubita alegre, ligeramente vestida y fuertemente embriagada,

colgóse de su brazo empujándose en bailar, a pesar de que el indio, embarazado, hiciera protestas de su falta de costumbre en el ejercicio de la danza. Dió unos pasos con la rubia y a poco sintióse reprendido por un mocetón alto y fornido que, interponiéndosele bruscamente entre él y su pareja, increpó duramente por su osadía en atreverse a bailar con una muchacha blanca.

—Esta mañana oposté por tí, Pie Ligero, como habría apostado por un caballo, y estoy dispuesto a darte la mitad de mis ganancias, pero esto es lo único que estoy dispuesto a compartir contigo. En cuanto a mis muchachas, la cosa es muy diferente. Yo no las comparto con un indio.

Y así diciendo, arreóle un bien plantado puñetazo a Pie Ligero, que no se pudo defender, pues los otros estudiantes sujetáronle los brazos al punto de no poder moverse.

Más tarde, sentado en su cuarto, lloraba el pobre indio amargamente. Descubrió el error en que había vivido al creer que podía convivir en igualdad con sus compañeros de raza blanca.

—No, no pertenezco entre ellos—monologaba tristemente—, me lo han demostrado claramente. Pero no me avergüenzo de haber nacido indio. Ya no debo permanecer por más tiempo aquí. Mi lugar y mi vida están entre los míos.

Y en aquel mismo punto, decidió regresar a sus montañas y mesetas de Arizona donde vivía en esplendor la gente primitiva y noble de su raza; la gente soberbia de su tribu, la tribu de los navajos.

Pero al llegar a su tierra, tras una ausencia de largo tiempo, encontróse Pie Ligero con la más terrible decepción de todas. A pesar de sus altos ideales, de sus deseos de ayudar a los suyos con las enseñanzas aprendidas entre los blancos, de levantarlos de la ignorancia que los mataba y ellos, encontróse Pie Ligero como un extranjero entre la gente roja de su propia raza.

—Pie Ligero no es navajo, ya es hombre blanco—repetían los viejos indios en el seno de sus concilios; ya no está con nosotros, hasta quiere cambiarnos.

Pero Pie Ligero, cada vez que oía esas palabras de condenación de los suyos, repetía lastimado, con energía:

—No es que yo sea ni quiera ser como el hombre blanco. Navajo soy y lo seré eternamente, pero hay algo más en este mundo que nuestras supersticiones e ignorancia. Nuestra primera necesidad es educarnos, pues si no nos educamos pereceremos.

Estas ideas, proclamadas por Pie Ligero a los cuatro vientos, acabaron

por enajenarle por completo todas las voluntades y atrajéronle odios e insultos. Aquel triste epíteto adquirido en los días de su infancia, cuando los niños se burlaban de él y le escarnecían, volvió a surgir con mayor rabia y perfidia entre aquellos a quienes intentaba regenerar con su doctrina.

—¡Do atin! ¡Do atin!—escupieronle al rostro.

Y el pobre indio, agobiado de pesar y de vergüenza, perseguido por el estigma de los azotes, acabó por ser expulsado de la tribu por su propio padre y los sabios del concilio, escuchando en sus oídos, mientras se alejaba por planicies y despeñaderos, las palabras fatídicas que habíanle perseguido desde la infancia:

—¡Do atin! ¡Do atin!

¡Fuera con el indio de las ideas de hombre blanco!

¡Fuera con el renegado!

—¡Do atin! ¡Do atin!

Corría Pie Ligero vagabundo por las mesetas y montañas de su tierra sin atreverse a acercarse a las casas del poblado. Hombre descastado y perseguido, vivía miserablemente con los que la tierra ingrata le ofrecía, guareciéndose unas veces en una cueva, durmiendo las más de ellas al aire libre, escondiéndose siempre de los suyos, y siempre perseguido por la obsesión del «do atin», recordando constantemente aquellos tiempos de estudiante en que tan cerca se había sentido de la felicidad, que hablase escapado para siempre con la partida de su amada.

Un día, en sus vagancias locas e interminables, vino a dar con un remanso donde acudían muchas mujeres a llenar sus cántaros y jarras de agua. Eran mujeres de Pueblo las que iban en busca de la clara linfa.

Espiólas, curioso, oculto tras escuetos y pedregosos riscos, sumiéndose paulatinamente en profundos pensamientos de aquella inolvidable indita, Flor de Maíz, que había sido la compañera de su infancia y la inspiración de sus años estudiantiles.

Ya no se apartó más de aquel lugar y siguió rondando en él día tras día, semana tras semana, hasta que llegó la ocasión en que se realizaron sus vagos pensamientos. Y llegó el momento suspirado en que Pie Ligero y Flor de Maíz volvieron a encontrarse cara a cara.

—¡Flor de Maíz!... ¿Qué te han hecho?... ¿Por qué tan cruelmente te apartaron de mi lado?...

—Fue todo una traición, una mentira—contestó la triste, anegándose en su llanto—. Fue por apartarme de tu lado que lo hicieron. Mi madre no murió, no estubo enferma, pero aquí me tienen prisionera, vigilándome constantemente por todos lados. Quie-

ren casarme con un indio pueblo y me desespero, me desespero...

—Huyamos pues, mi Flor de Maíz, huyamos de estas montañas que ya no son tuyas ni mías, montañas que son prisiones, que nos desheredan, que nos martirizan. Huyamos lejos, muy lejos, detrás de la felicidad interrumpida, la que fué nuestra en la niñez y que quizá volvamos a encontrar fuera de aquí, en la soledad de un mundo lejano y desconocido. Huyamos, Flor de Maíz, huyamos...

Y poniendo al momento por obra las palabras, huyeron desfavoridos, estrechándose mutuamente entre sus brazos, echando a correr a través de un terreno rojizo, pedregoso, hostil y desolado. Y anduvieron y anduvieron locamente hasta que por fin cayeron desfallecidos.

En su caída la Divina Providencia realizó el milagro. Sedientos, seca la garganta, ahogándose los dos en un dolor de angustia, encontráronse junto a un charco cenagoso, lleno de un líquido negro y de olor fétido que hubieran despreciado en ordinarias circunstancias pero que la sed terrible les hizo parecer precioso. Acercaron los labios para beber de aquellas aguas, cuando el indio, al sentir el gusto acre, exclamó con voz entrecortada por el sufrimiento, pero alegre por aquel hallazgo inopinado.

—¡Petróleo, Flor de Maíz, petróleo!... ¡Somos ricos, somos ricos!... ¡El Señor, sin duda, nos quiso martirizar así para darnos la felicidad que deseábamos!

Y elevaron los sus preces al Altísimo, con esa fe infinita de las razas aborígenes que aún saben contemplar la dulce imagen del Señor en la grandeza infinita del espacio poblado de luceros y de estrellas.

“LA GUERRA MUNDIAL”, EN MADRID

La película de la Ufa “La Guerra Mundial”, presentada en el Palacio de la Prensa, de Madrid, ha sido acogida con éxito verdaderamente sin precedentes. El público acude en masa a las representaciones, la Prensa pone de relieve en sus críticas elogiosas la objetividad que ha presidido en la composición de la obra y el triunfo obtenido hasta ahora por “La Guerra Mundial” en todas las repúblicas sudamericanas donde ha sido presentada, se ha visto superado aún, si cabe, en la Madre Patria. A una representación reservada para la guarnición de Madrid asistió el capitán general Navarro con su Estado Mayor y nutridísima representación del Ministerio del Ejército.

MAX y JOSEFINA

Max y Josefina no son—como por los nombres pudiera creerse—una pareja de enamorados, ingrediente indispensable para la confección de una buena película, tanto cómica como dramática. Max no está enamorado de Josefina, aun cuando es probable—mejor dicho, seguro—que habría de comérsela a mordiscos tan pronto la viera. Max es una lechuza, un hermoso ejemplar, algo así como el Ramón Novarro de las lechuzas.

Josefina es un ratoncillo. Max presta sus servicios en el departamento cultural de la Ufa, y Josefina ha sido contratada para la nueva película de Fritz "La Mujer en la Luna". Aun cuando el papel de protagonista de esta nueva producción no corra a cargo de Josefina, sino de Gerda Maurus—injusticias de la vida, intrigas, vayan ustedes a saber—, sería injusto creer que Josefina ha quedado relegada a la categoría de simple comparsa. Josefina es... digamos que Josefina es una actriz de carácter.

Al ir a visitar nosotros con el propósito de entrevistarla, la encontramos en su camerino—una vasta caja de cartón—mientras el peluquero se ocupa en su tocado para una escena de compromiso. Mientras la empolvaban suavemente, y ella, con un gesto característico, no cesaba de limpiarse los labios con sus ágiles patitas delanteras, nos confió algunos detalles sobre su intervención en la nueva película de Fritz Lang.

"Mi compañero—dijo Josefina—es un viejo profesor que está de mí enamorado hasta el punto de llevarse conmigo en un viaje a la Luna. Ha comprado para mí una jaula de plata, y dentro de ella me embarcaré en la aeronave trasplanetaria. No va a ser poca la sensación que mi llegada cause entre los gatos lunares. Pero más no puedo decirle. Estoy obligada por contrato a observar el más riguroso silencio, y temo haber dicho ya demasiado."

Recogidas estas importantes declaraciones, nos dirigimos juntos al taller donde la aeronave trasplanetaria se encuentra pronta a zarpar. Josefina penetra sin protestas en su jaula de plata, los reflectores se iluminan y Fritz Lang ajusta el monóculo, gesto en él imprescindible cuando se trata de llevar a cabo algo importante.

—Josefina—dice el célebre realizador—tenga usted la amabilidad de encaramarse por los alambres de la jaula y sírvase usted realizar este ejercicio de cara a la luz."

Josefina obedece con la docilidad propia de todas las grandes artistas

de la pantalla. A mayor abundamiento los alambres de la jaula han sido untados, por un lado, con tocino y otras grasas apetitosas. El olor de la grasas y la amabilidad de Fritz Lang convencen a Josefina. Con gracia y coquetería inimitables se encarama la artista por los alambres, y junto a ella aparece la típica cabeza del profesor (Iaus Pohl), que le hace la corte. Fritz Lang pide a Josefina—con las debidas consideraciones—una repetición de la escena, y la artista se conforma de buena gana a este deseo. Hace incluso más: se queda durante un rato mirando de hito en hito al objetivo, mientras el operador, entusiasmado, no cesa de darle vueltas al manubrio.

Mientras Josefina descansa de nuevo en su camerino, su compañero Max tiene que seguir trabajando a las órdenes de Junghans. La lechuza, escondida bajo la chaqueta de su director, saca la cabeza para decirnos que sólo dispone de breves instantes. A fuerza de silbidos, que más bien parecen chillidos, expresa Max el horror sin fin que la causan los reflectores. Por lo demás, tomó su papel muy en serio, y sin protestas de ningún género se instala en la "situación" (nombre técnico que se da a

los paisajes montados para servir de marco a las películas culturales). Filosóficamente dirige Max sus miradas hacia un rincón del paisaje donde se agita un ratoncillo. La acción del drama ha de consistir precisamente en que Max se lance sobre el ratón y se lo coma. Pero Max no piensa en tal cosa. Al contrario, levanta el vuelo y va a colocarse sobre el alero de un tejado vecino. El director Junghans llama a Max con la voz más melódica de su registro y Max vuelve a lanzarse sobre la rica presa que le ha sido destinada, hasta que los operadores, por su parte, reducen al mínimo compatible con la necesaria visibilidad la iluminación de la escena.

Dentro de unos días Max y Josefina habrán recobrado su libertad y andarán errantes por los bosques vecinos de Neubabelsberg. Con sus silbidos que más bien son chillidos contara Max la historia extraordinaria de la paciencia y el dinero que los hombres están dispuestos a derrochar tan sólo para ver cómo una lechuza da caza a un ratoncillo. Josefina, por su parte, contará a sus amigos las aventuras de sus largos viajes y les explicará que en ninguna parte de nuestro planeta hay un tocino tan sabroso y tan abundante como en la Luna.

LOS CLUBS DE HOLLYWOOD

El mundo de las estrellas de Hollywood no forma como muchos creen, una sociedad de artistas perfectamente unida. Lo mismo que ocurre en la Cámara de los diputados, estos elegidos de la pantalla se han organizado, no en partidos (la palabra sería un poco fuerte), sino en clubs. Se cuentan cinco de entre ellos, que son los principales: el de Marion Davies, Harold Loyd, Conrad Nagel el de los anglicanos y el de los solteros.

El club Marion Davies es el más movido y mundano, el de más relieve por excelencia. Se reúne y tiene sus sesiones en la principesca morada de la artista, o bien, en un magnífico rancho que posee, o a bordo del suntuoso yate que arbola su pabellón. Forman parte de él: William Haines, Charlie Chaplin, Harry Crocker, George K. Arthur.

El club Harold lo forman los cómicos de la pantalla. Se dice, que sus fiestas son verdaderas saturnales de broma y risa ilimitadas.

Conrad Nagel, el austero y «respetable» en el sentido «más anglosajón» de la palabra, se ha rodeado de gentes de su manera de ser y pensar, saturados de teosofía, buenas

acciones y placeres espirituales. Entre los que más se destacan, figuran: Lois Wilson, May Mc Avoy, Fred Niblo, Enid Bennet, Antonio Moreno.

El club anglicano es de inclinaciones tranquilas. Allí se prefiere la «vida de familia», los niños, caballos, perros; gatos... y las esposas (perdón... la esposa). Sus componentes, por orden de rango, son: Clive Brook, Ernest Torrence, Percy Marmont, H. B. Warner; Warner Baxter, Tim Me Soy y Jack Holt.

Viene después el club de los solteros, constituido por gentes muy pagadas de su origen y sus blasones. Tienen como no una reina, Florence Vidor, o mejor dicho, tenían una reina; ya que esta excelente actriz acaba de bajar las gradas del trono para subir las del altar y contraer matrimonio. Son poco numerosos y constantemente desaparecen nombres de sus listas, precisamente pasa en estos momentos por el duro trance de haber perdido a uno de los que más realce y brillo le daban; a Richard Berthemess uno de los más activos del club. Quedan todavía, como figuras sobresalientes Ronald Colman, Charles Lane y William Powell. B.

Las cualidades de una "estrella"

Para saber algo sobre las estrellas y cuáles son las cualidades que se les imponen, no pude hacer otra cosa mejor, que dirigirme al Estudio donde David Griffith, sentado en un canapé Luis XV, trabajaba rodeado de toda su «troupe».

Reflexionó un momento antes de contestar a mis preguntas.

—¿Lo que debe tener toda estrella? ¿Sus cualidades? Muchas veces me he hecho las mismas preguntas —respondió el hombre que descubrió a Mary Pickford, Lillian Gish, Valentino, Fairbanks, Blanche Sweet, Norma Shearer, etc. etc.

«Quizá un reflejo de espiritualidad, algo más que el «físico», un destello que se encuentra en todas partes; en la escena, en la política, en la pantalla o en el mundo industrial. Clemenceau, Charlie Chaplin y Henry Ford son igualmente estrellas, en sus respectivas esferas.

«No, no es la intelectualidad. Esta no tiene realmente nada que ver con el cine. Más bien debe ser la inteligencia, pero la Inteligencia con mayúscula. La intuición debe ayudar, en gran parte, al éxito tanto como el pensamiento, ya que el papel de éste último sea menos esencial de lo que en general se supone.

«La cultura, aun cuando no sea un elemento vital, es necesaria. No olvide que me coloco en el punto de vista estrictamente cinematográfico. Un principiante puede desempeñar un papel espléndidamente en la pantalla y sin embargo, fracasar en la escena.

«Ya ve usted; un hombre como Valentino, no llegó a estrella más que por su inteligencia y su sinceridad impregnadas de cierto misticismo. Su porte un poco romántico hacían de él uno de los mejores galanes jóvenes de la pantalla.

«Mary Pickford, que abandonó el teatro por la pantalla, tenía un dinamismo incomparable y una facultad extraordinaria para juzgarse. Una inteligencia curiosa de todo y una necesidad de saber que jamás se ha desmentido en los dieciocho años que hace que le conozco.

«Para Constance Talmadge, la cosa varía. Es exuberante, burbujeante e inquieta como la espuma de champagne y muy intuitiva. No obstante, si quiere, puede ser una buena actriz dramática.

«Hemos tomado a Douglas Fair-

banks del teatro, donde ya había obtenido ruidosos éxitos. Su vitalidad habíame llamado la atención. Tiene una potencia de trabajo inverosímil; nunca le parecen excesivas las horas que pasa en el Estudio, jamás encuentra la tarea pesada; añade usted a eso una inteligencia viva y perspicaz, y una bondad sin límites y, desde su primer film, ya sabemos, y el público con nosotros, que es una figura predominante en el mundo cineasta.

«Nosotros, no estamos nunca seguros del descubrimiento de una estrella mientras el público, que es el que la juzga, no lo corrobora. Se habla de productores que «imponen» una estrella. Esto es falso. Nosotros no podemos más que proponer y después aceptar un veredicto que a veces es definitivo. Tome usted el caso de Chaplin como ejemplo, continúa Griffith. A pesar de no tener nada, físicamente, de notable, se impone inmediatamente. Trate usted de ocultarle o hacerle pasar desapercibido entre una muchedumbre, de espaldas al aparato y se le reconoce en seguida.

No puedo decirle por qué, pero hay algo que irradia de su persona a través de sus vestidos y maquillaje. Modestia, fantasía, emoción, generosidad y un sentido crítico particularmente agudo.

«Cuando Clara Bow y Norma Shearer vinieron a encontrarme al Estudio en Mamaroneck, donde yo trabajaba entonces, sentí que había en ellas posibilidades, y tuve la inmensa dicha de darles el valor completo que era de esperar.

«¿Cuál fué la causa del éxito de Gloria Swanson? La diversidad de su talento, su juicio seguro, su buen gusto y su individualidad. Mack Sennett la había contratado como comparsa por deferencia al actor que a la sazón era su marido, pero era demasiado inteligente para permanecer en aquel oscuro y modesto puesto, y no le fué preciso más que algún tiempo para escalar un puesto de primera fila.

—¿Y William Hart, señor Griffith?

—¡Oh! Hart tenía una sinceridad y una bondad que atraían desde el primer momento. Me hubiera gustado mucho que hubiera usted visto su correo. Le querían todos entrañablemente. Hombres, mujeres, niños, perros, gatos, caballos... todos le adora-

ban y no era por su belleza, como usted comprenderá...

«La mayor parte del éxito del artista depende de su temperamento, continuó Griffith, y todo el mundo no nace con temperamento.

Este temperamento se forma por una especie de «planchado» de las cualidades, que se adicionan para componer un todo. Así se explican las carreras verdaderamente fulminantes, meteóricas, de algunas estrellas que no conocen una hora de éxito escasa, más que para volver a caer en la oscuridad y ser relegadas al olvido.

Estas caídas provienen a menudo de falta de perseverancia en el trabajo, porque los dones naturales no son suficientes y un gran número de jóvenes artistas tienen tendencia a imaginarse que su talento es un presente del cielo, inagotable, olvidando que los más grandes actores han sido también grandes trabajadores».

M. GENOVA

EXITO SENSACIONAL DE "ASFALTO", EN VIENA

Según comunican de Viena, la película de Joe May, producción Erich Pommer, "Asfalto", ha sido estrenada en la capital de Austria con éxito extraordinario. El teatro "Zentralkino", en el cual se representa "Asfalto", se ve lleno todas las noches, y de la acogida de la crítica dan idea los siguientes extractos de la Prensa vienesa:

"Neue Wiener Tagblatt": "Esta película es digna de "La vuelta al hogar" y "Rapsodia húngara". La Ufa ha tenido un nuevo triunfo."

"Wiener Neuste Nachrichten": "La nueva película de Ufa "Asfalto" es una superproducción que en nada desmerece de las obras anteriores de la producción Erich Pommer."

"Der Tag": "Una nueva película digna de figurar entre las mejores que hasta ahora ha producido la cinematografía alemana."

"Arbeiter-Zeitung": "Asfalto" viene a demostrar una vez más que es posible hacer una película de arte para el gran público."

"Oesterr. Filmzeitung": "A la serie de los grandes éxitos de la Ufa hay que añadir uno nuevo."

EL "RING"

Jack Sander era un boxeador extranjero; uno de esos innumerables vagabundos, bohemios de la carretera, que van sin descanso de pueblo en pueblo y de ciudad en ciudad, desplegando todas sus actividades con la única finalidad de divertir a las gentes; de procurarles un rato de solaz y esparcimiento.

Su vida, era quizá más dura y difícil que la de ningún otro de los de su profesión, ya que su destino era combatir con todos los que se presentaran, lo mismo los ineptos como los profesionales de la astucia.

En el mundillo deportivo conocía-se a Jack Sander por el apodo de «One round» porque nadie, ningún combatiente, acostumbraba a resistirle más de un «round». El boxeador había visto iluminarse su existencia por el destello de amor que se introdujo en su alma, amor inspirado por la linda cajera de la barraca en donde trabajaba, y con la que tenía la intención de casarse tan pronto como hubiera logrado una posición.

Un día de fiesta precisamente, la barraca de Sander fué visitada por un conocido organizador de combates, que iba acompañado de Bob Corby, campeón de pesos pasados.

Jack Sander, estaba cansado aquel día debido a las numerosas exhibiciones que había dado. No obstante, desafió a Bob Corby a quien no conocía... y fué vencido.

Tan pronto como la joven cajera vió a su novio a merced de su adversario, fué atacada de una gran crisis de desesperación y hubiera queído, de haber podido, jugar una mala pasada al gigantesco Bob Corby, ya que se permitía ser más fuerte que el invencible Sander.

Este, si conoció la derrota, aquilató también el amor de su novia, y aquel combate memorable le fué doblemente útil, porque mostró al organizador que la ciencia y la agilidad de Sander eran verdaderamente asombrosas.

—Dele allí—le dijo cuando el boxeador se levantaba—, es usted un terrible golpeador. No veo ningún entrenador mejor que usted para Bob Corby. Le contrato, si quiere; usted será su entrenador.

A partir de aquel momento Jack cambió su existencia. Había entrado en una sociedad en la que el boxeo estaba considerado no como una diversión brutal, sino como una ciencia, un arte clásico.

El porvenir le sonreía. Pudo por fin casarse con la que amaba siendo aquel matrimonio una verdadera unión por amor.

Sander llevaba, sin embargo, una vida rígida y sin gustar de los placeres, una vida de cenobita, consagrada únicamente a su trabajo para no bajar de forma y conservarse en buenas condiciones. Era preciso conservarse, perseverar si quería llegar a la cumbre. Su joven esposa, por el contrario, al entrar en aquella para ella nueva vida, habíase dejado arrastrar por el lujo. Estaba fascinada por aquella existencia fértil en fiestas, lujosas comidas, bailes suntuosos y cada día, aun sin darse cuenta caía más bajo la influencia de Bob Corby, el campeón, que era muy rico y se esforzaba en satisfacer todos sus caprichos.

La joven encontraba encantador a aquel hombre más fuerte que los demás, a aquel hombre que había vendido a su marido, quien a pesar de su fuerza, estaba ahora a sus pies, sumiso.

Y de este modo había empezado a ensombrecerse la existencia del feliz matrimonio.

Empero, una serie de resonantes victorias había colocado a Jack al nivel de los mejores campeones. Desde ahora ya podría pretender encontrar a los más fuertes.

La noche de un match decisivo que ganó de una manera brillante, se precipitó en su casa loco de contento para anunciar la buena noticia a su joven esposa. La casa estaba vacía.

Aniquilado, sin fuerzas para pensar en nada, esperó. Cuando su mujer llegó le preguntó anhelante:

—¿De dónde vienes? ¿Dónde estás? ¡Habla!

Esta respondió tranquilamente:

—Pues, he salido a dar una vuelta con Bob Corby; creo que tengo derecho ¿no? ¿Qué significa todo este interrogatorio?

El furor cegaba a Jack que sin saber lo que hacía retorció el brazo de aquella mujer infiel, luego salió, fue-se a encontrar a su rival y desafió-le a dirimir sus contiendas en el «ring». Bob aceptó; Jack Sanders fuése a su casa y al entrar en ella ya no encontró a su mujer.

Enojada con su proceder brutal, habíase marchado para siempre del hogar en busca de Bob Corby a quien desde aquel momento amaba.

Llegó el día del gran combate. Jack estaba rodeado de todos sus camaradas que se excedían en prodigarle frases de confianza, aunque ésta no la tuviera ninguno de ellos. Por otra parte Sanders estaba abatido por la desaparición de su esposa y ante la idea de que su mujer ya no le amaba. Y en esta disposición tristísima de ánimo fué al combate.

Los primeros asaltos fueron fatales para él. Bob Corby sacaba su excelente clase de hábil boxeador.

Jack se defendía bien, pero de ahí no pasaba. En un cuerpo a cuerpo, echó una mirada a los espectadores y vió a su mujer que se contentó con mirarle despreciativamente a la cara. Aquello era una ruda prueba para él, y desde aquel instante se abandonó a su suerte; y Bob, aprovechándose de las circunstancias y falta de atención del adversario, le largo un terrible directo al rostro. Afortunadamente sonó el gong; se había salvado. Con una gran energía poco común, Jack volvió de nuevo a la pelea, pero no era más que un pelele destinado a sucumbir en breve.

Los espectadores angustiados, seguían el match guardando un profundo silencio. Sanders estaba recibiendo ahora una severa corrección.

En aquel momento, una chispa de piedad y de amor brilló en el alma de su mujer, que se revelaba ante el feroz encarnizamiento de Bob Corby sobre aquel cuerpo casi inerte. Comprendió que todavía amaba a su marido y ahora, más que nunca, era el momento indicado de estar al lado de él.

Al final del round se precipitó al rincón de su esposo, le abrazó, le reconfortó con frases de aliento y le ordenó que venciera.

Desde aquel momento Bob tuvo frente a él a otro contrincante desconocido. Galvanizado por la presencia de su mujer, Jack Sanders, de un golpe muy bien colocado, consiguió poner fuera de combate a su adversario y por ende vencerle.

La multitud, frenética, le hacía objeto de una delirante ovación.

Y el provecho más grande que sacó Jack de todo aquello, no fué el dinero precisamente, sino que había reconquistado el corazón definitivamente de la mujer que amaba, y que consideraba perdida para siempre.

¿Se trabaja en Inglaterra?

Oigamos lo que dice Betty Balfour

No puedo evocar ningún período de mi vida en el que el deseo de trabajar en el teatro, no haya sido el colmo de mis ambiciones. No sabría decir por qué quería tener éxito en las tablas, pero lo cierto es que nunca fui contrariada, quizás a causa de la intervención de lady Fitzgeorge, la esposa del almirante sir Adolphus Fitzgeorge, que aconsejó a mi tía en el sentido de que no pusiera obstáculos a mi legítima ambición. El resultado fue que desde la edad de ocho años, me entretenía imitando a las personas que conocía o que veía evolucionar a mi alrededor, y cantaba y bailaba, cantos y danzas de artistas profesionales.

En aquellos lejanos tiempos, tenía yo dos defectos: una gandulería que me obligaba a estar todo el día sentada o recostada en algún sitio, lo que, visto por mi tía, se apresuró a poner remedio a esa especie de "desmadejamiento", obligándome a moverme un poco, a cuyo efecto me hizo estudiar la danza; y, un ceceo que sólo las lecciones de dicción pudieron hacerme desaparecer.

Algo más tarde, el vicario de Kensington, quiso hacerme desempeñar un papelito en una pantomima infantil, y persuadió a mi tía para que me autorizara. M. J. L. Davis, un empresario de Londres, asistió a esta representación y no paró hasta que no obtuvo de mi tía una autorización para que me permitiera trabajar en el teatro. Me presentó a M. C. B. Cochran, y a la edad de once años hice mi debut en el "Ambassador's Theatre", con un papel de niña belga, en una revista anglobelgafrancoitalojaponesa, que reunía a una pléyade de estrellas.

En los diez y ocho meses que trabajé allí, acertó a verme M. Welsh, que era entonces director de la Compañía Gaumont, y se convenció, según dijo, de que yo tenía madera de estrella de cine. No obstante, no dejó traslucir sus intenciones, y yo continué trabajando en el Coliseum, en el Palace, que dirigía sir Alfred Butt, en el Follies, en Saint Martin's Theatre y, finalmente, en el Alhambra, con la obra "Fedora". Aquí fue donde volvió a verme M. Welsh, declarándome entonces que iba a rodar un film en el que deseaba darme un papel.

Como la mayoría de las gentes, creía yo que hacer cine era una espe-

cie de agradable distracción, y mi primera experiencia en el estudio fue una diversión, sin una nube que la velara, porque no vi entonces proyectado en la pantalla el trozo que acababa de terminar. Más tarde, M. Davis me contrató para reemplazar a miss Gertrude Lawrence en "Midnight Follies", antes de darme el papel principal en un espectáculo que estaba montando.

Durante los ensayos, rogaba a M. Gena Gerard que me concediera algunas horas de libertad para asistir a la presentación de mi película. Esta presentación, que se dió en el teatro, me sumió en un abismo de desesperación. En mi vida había visto cosa más terrible que aquella segunda yo que evolucionaba en la pantalla, y hasta los aplausos de la concurrencia me parecieron una especie de velada protesta, de desaprobación.

Me encontraba en un estado tal de anonadamiento, que no quise dejarme ver después de la representación, y estaba decidida a esperar en mi palco hasta que hubiera salido toda la gente, para después hacerlo yo. En aquel momento oí unos ligeros golpecitos en la puerta, y M. George Pearson, el productor del film, entró. Con gran asombro mío, me hizo prometer que no trabajaría más que en sus producciones y, dos días más tarde, confeccionaba yo el contrato que me comprometía por cuatro años, mis primeros de trabajo en la pantalla. Por sencillo que fuera el contrato, me costó tenerlo a punto desde las cinco de la tarde hasta las once de la noche, y no estuve satisfecha más que cuando hube agotado todo el papel de que disponía y me hube puesto los dedos llenos de tinta, costándome más de una semana y grandes apuros el podérmelos limpiar.

En aquel tiempo mi única riqueza consistía en una gran dosis de inexperiencia y en una alegría bastante superior a la actual. No sabía nada de películas inglesas, ninguna de las dificultades de la explotación que intervienen entre el momento en que el escenario se rueda y el en que el film se da al público.

Esto me excusará del optimismo excesivo que demostré en el primer contrato.

Contenia éste una cláusula que me permitía trabajar en el "West End" porque había jurado no abandonar ja-

más la escena. Sin embargo, cuando empecé a ir regularmente al estudio, estaba tan absorta en mi nuevo trabajo que olvidaba no sólo las distracciones mundanas, sino hasta los ofrecimientos que diferentes teatros me hicieron, ya que mi intención era dominar el arte mudo, cuyos medios de expresión son tan diferentes de los de la escena.

Desde mi primer film, el público, de cuyos favores estoy orgullosa, tenía puestos en mí sus ojos y su confianza.

Poco después rodaba "Squibbs", que fue un film que obtuvo un éxito y el que más contribuyó a matar para siempre mi carrera artística.

No creo interesante mencionar los films en que he trabajado, ni los accidentes que tuve, comprendiendo entre ellos, el ser apuñalada, por error, y el romperme un hueso del pie. Esto me ocurrió en Francia, donde, gracias a Louis Mercantou, me conoció el público.

Pero, hoy, no hablo más que de Inglaterra. Se conocen mal los recientes esfuerzos que se han hecho para mejorar la posición del cine inglés. A mi juicio, la industria cinematográfica puede hacer tanto por la Gran Bretaña como su ejército o marina. Es todavía bastante difícil introducir la producción inglesa en Canadá, Australia, Africa del Sur o Nueva Zelanda; pero es indispensable lograrlo. Además, algunos films deberían ser rodados en todos los Dominios, y proyectados en Inglaterra, así como en el resto del Imperio.

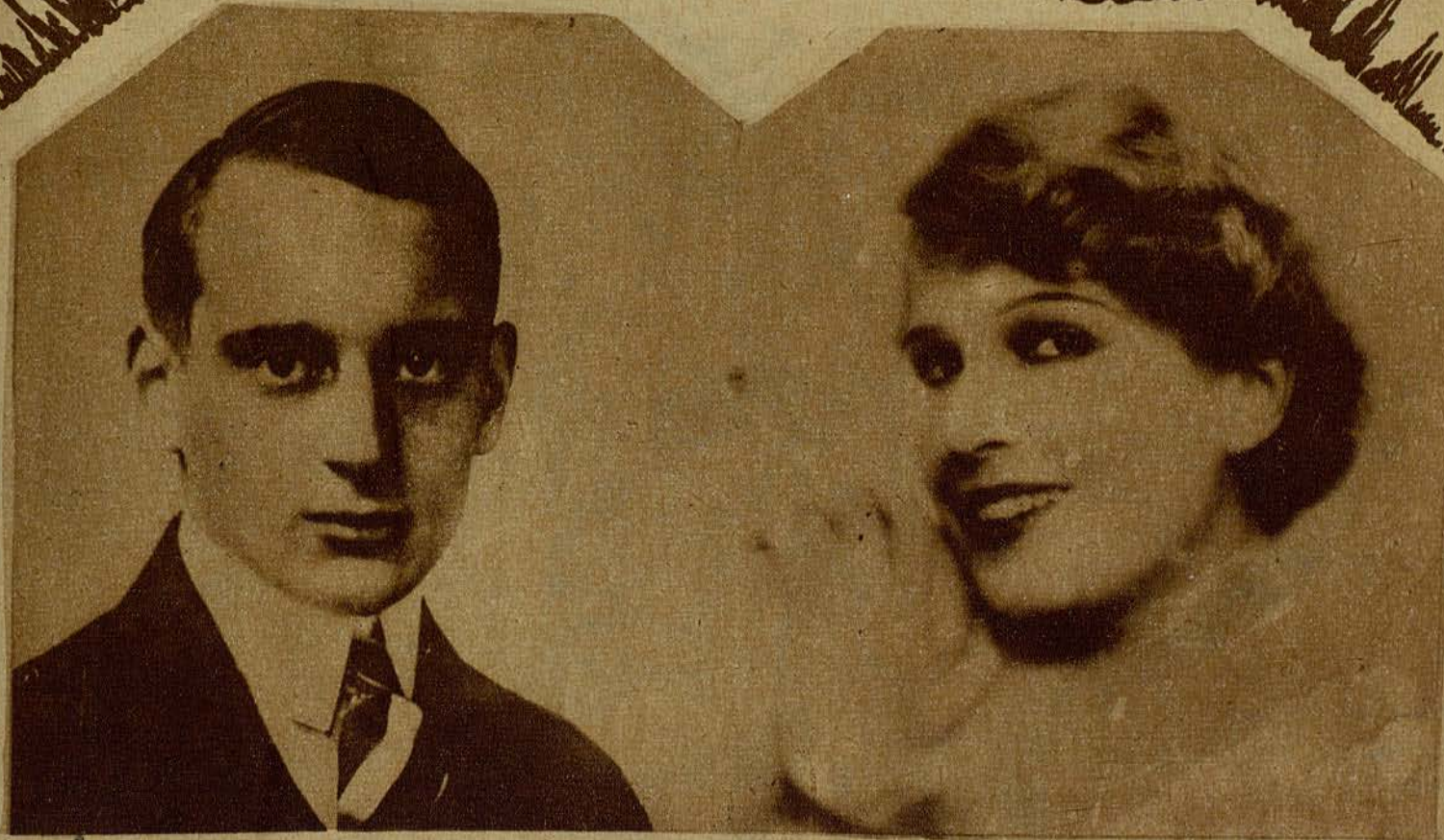
Se empieza, por fin, a comprender que la propaganda cinematográfica es una de las más importantes de la actualidad.

El valor recreativo de esos films no debe olvidarse, ya que nosotros no atraemos al público más que dando espectáculos divertidos a la par que interesantes. Y cuando uno piensa que Inglaterra no está más que a unas cuantas horas de los paisajes más variados, desde el desierto, las montañas, la nieve, resulta una tontería decir que este país no puede producir buenos films.

Se puede, debe hacerse y se hará antes de lo que se cree, porque solamente nos faltan tres cosas para salir airoso: entusiasmo, dinero e inteligencia. Estos dos últimos factores los encontraremos sin dificultad si el primero es suficientemente activo.



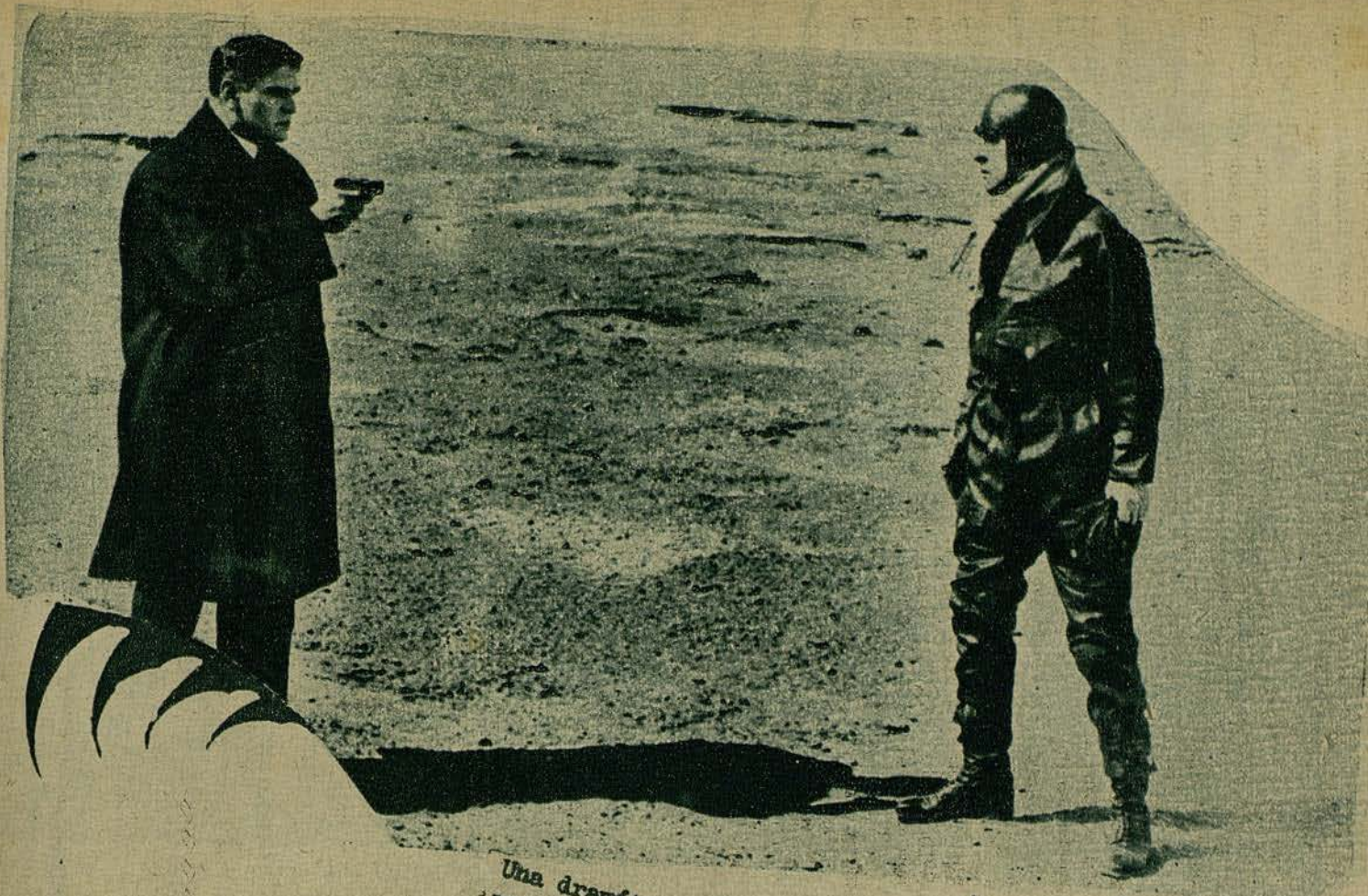
Mady Christians y Gabriel Gabrio en una emocionante escena del film "El Duelo", de las exclusivas Gaumont.



La famosa artista Lili Damita, que ha contraído matrimonio con el ex-príncipe, hoy doctor, Luis Fernando, nieto del ex-Kaiser.



Estelle Taylor,
esposa de Jack Dempsey,
conforme aparece en una
nueva película de Lon
Chaney.



casos del actor principal como el único que recibe el premio de su industria cinematográfica y que se entregan los premios a los actores en la plaza del Ayuntamiento de Barcelona.

Una dramática escena de la película "El Duelo", exclusiva Gaumont, cuyo principal intérprete es el famoso actor Gabriel Gabrio

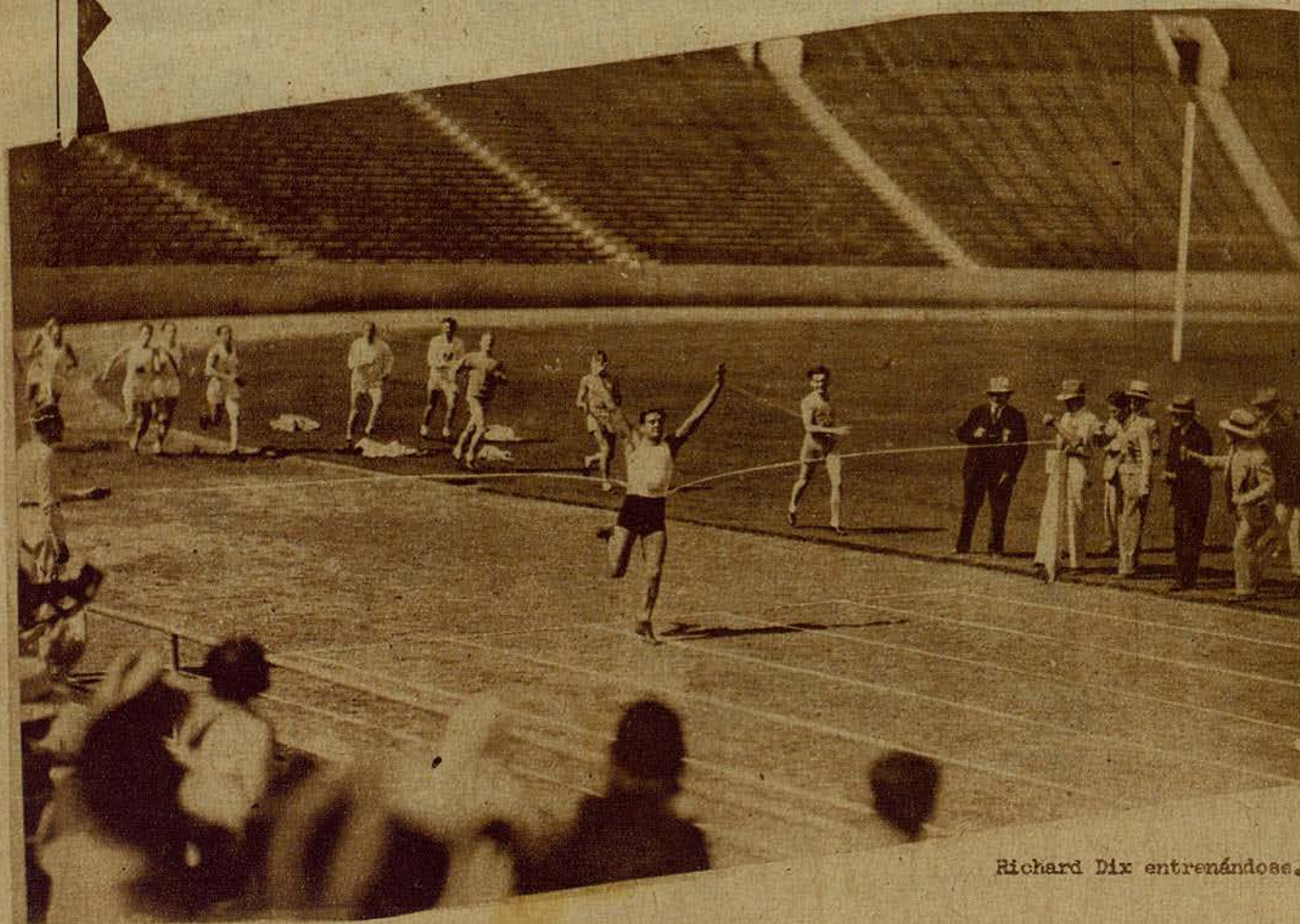


de la película "El Duelo" en la que el actor principal interpreta el papel de un piloto de guerra.

Otra escena de la exclusiva Gaumont "El Duelo".



Richard Dix en una escena de "Piel Roja".



Richard Dix entrenándose.